



Fig. n.º 56.- Pradel Rico, Antonio José (2013): *Elogio y refutación de la quietud. Una tauromaquia (casi) inmóvil. José Tomás versus Morante de la Puebla*. Barcelona. Edicions Bellaterra, S.L. 228 págs.

Es un libro que cumple la tarea de divulgar los valores de la Tauromaquia, y en este contexto fomenta el entendimiento del toreo más allá de una crónica o de una exaltación del mismo con carácter didáctico. El libro no está contaminado de la percepción que tiene el simple espectador de una corrida de toros. Presenta unas reflexiones bien documentadas, cuya base se expone en la bibliografía que acompaña al

texto, pero sin que ello interrumpa el discurso narrativo. Todas las fuentes que ha consultado el autor están citadas en la Bibliografía con que termina el libro, la cual está dividida en una específica sobre Tauromaquia, otra general, para continuar con entrevistas y artículos de prensa y finalizar con una webgrafía que titula “referencias en internet”.

El balance general que presenta esta obra es positivo, tanto que permite a quien se adentre en ella enamorarse de la tauromaquia poco a poco, y obtener argumentos para defenderla alejado de tópicos que tanto daño hacen. Y no porque sea una tradición, que también la tiene, sino porque es algo más que un arte, lo que permite estudiarla desde la filosofía, la pintura, la literatura, la fotografía, el cine, el teatro, el cante y baile flamenco, etc.

Entre los conceptos aquí abordados, está el canon taurómico de parar, premisa a la que siguen el temple y el mando, quietud, reposo e inmovilismo, y en este contexto el tiempo en la tauromaquia. En definitiva: el concepto genérico de arte aplicado a las diversas maneras de interpretar el toreo, o lo que es lo mismo, lo que el torero hace ante un toro, se recoge y contextualiza, haciéndose hincapié en autores que aparentemente no han tratado la tauromaquia, pero cuya obra Pradel Rico ha sabido aplicar a lo taurómico.

El autor hace algo más que una reflexión: un estudio filosófico-literario para canon taurómico de la quietud, el reposo, el toreo en vertical, que según él inicia Manuel García, *El Espartero*, pasa a Juan Belmonte, continúa con Manuel Rodríguez, *Manolete*, y llega a José Tomás.

No vemos en ello que el torero sea un poste, porque es quien dirige el quehacer en la cara del toro. Cuando se habla de quietud hay que referirse también al dominio, es decir, dónde se pone al toro, dónde se lleva, todo ello hecho con armonía en los movimientos. Dice Paco Ojeda: «¿hay algo más bonito que

reducir al toro, hasta sentir su calor en tu pecho?» (6 *Toros* 6, n° 983:14).

Otro canon es el de Morante de la Puebla, el arte de torear con arte, torear en arabescos, que según Pradel Rico es la tauromaquia como laberinto, cuyo diseño y construcción se opera a partir de un centro. Idea que enlaza el mito del minotauro con la tauromaquia del torero artista, tauromaquia entendida como búsqueda del centro: aquí radica el mérito que tiene salirse con un toro hacia el centro geométrico del ruedo, donde la embestida del toro pesa más. Ahí es donde se ve si el toro es paradigma de bravura, casta y poder; cualidades que deben ir unidas a tres virtudes, que son a su vez claves vitales para conceptualizar al toro bravo: galope, fijeza y prontitud, «No es lo mismo que un toro bravo se mueva al paso que lo haga galopando. El galope es fondo, es raza, es ímpetu de querer coger la muleta» (Antonio Miura, *Aplausos*, n° 1.857:18).

El tiempo para Heráclito era algo inexplicable, pues materia y movimiento eran lo mismo, por lo que todo era fluido. Parménides tomaba la opción contraria: el movimiento es una sucesión de posiciones fijas, es decir que todo está en reposo. En este hipotético juego de espejos e identidades intercambiables, Morante sería el equivalente de Heráclito, y Tomás vendrá a ser Parménides.

Si «torear es tener un misterio que decir y decirlo», según Rafael *El Gallo*, tanto José Tomás como Morante de la Puebla tienen un misterio, cada uno el suyo, de muy diferente naturaleza. Lo importante en cualquier caso es que ambos dicen su misterio. La conjunción de dos tauromaquias se ha producido siempre en la historia del toreo: por ejemplo, Lagartijo y Frascuelo, Joselito y Belmonte, Pepe Luis y Manolete, Curro y Puerta, entre otras parejas. Al igual que ahora se da con Morante y Tomás. En el imaginario y en la memoria de los aficionados están ambos estilos, los compara y contrasta, a veces inconscientemente.

De la tauromaquia que es verdadera surge y permanece el rasgo estético, su fondo, la manera de colocarse delante del

toro, de pisar unos terrenos diferentes, de ligar unos muletazos con otros: entonces aparece una tauromaquia revolucionaria que impregna una época. Por ejemplo, Juan Belmonte revolucionó el toreo de su época, al ir más allá que su predecesor *El Espartero*, y con ello inició el torero moderno. ¿Era consciente de lo que estaba haciendo? La respuesta quizás la tendremos en el próximo libro de la Colección Tauromaquias.

Para que algo pueda calificarse de revolucionario debe tener seguidores, y los ha habido y los hay en esta tauromaquia, unos por pura imitación, y otros más tarde aplicándola a su propio concepto. Lo que queda, por tanto, es el fondo de la revolución. De ésta hay dos tipos: las que cambian el toreo y las que son circunstanciales, es decir, las que permanecen y las que desaparecen. Es este libro de Pradel Rico un texto muy recomendable para profundizar desde una perspectiva amplia en la tauromaquia. Después de leer *Elogio y refutación de la quietud. Una tauromaquia (casi) inmóvil. José Tomás versus Morante de la Puebla*, queda la percepción nítida de que la tauromaquia donde encaja es en el área de Cultura. El toreo es un producto cultural, pues a la vez que genera cultura está marcado profundamente por el carácter de ella. Esta publicación camina entre lo taurino y las facetas literarias, filosóficas y artísticas, como por ejemplo, el toreo como arte de vanguardia de principio del siglo XX.

Manuel Castillo Martos
Fundación de Estudios Taurinos

